
Miguel Valderrama

Heterocriptas

(Palinodia, Santiago, 2010)

Por Alejandra Castillo

*El tiempo de su lectura, esto es, que le entiendan,
le amen, ésas, sus locas mujeres*

Gabriela Mistral

Son dos los nombres que configuran el arco de escritura propuesto por Miguel Valderrama en *Heterocriptas*: Francesca y Antígona. Dos nombres que evocan a cóleras negras y excesos. Locas mujeres, las habría llamado Gabriela Mistral, que con su acción no sólo interrumpen contratos sociales, filiaciones y parentesco sino que por sobre todo se obstinan en su determinación. Dos nombres de la interrupción. Dos nombres femeninos que, como señala Valderrama, desquician el tímpano e interrumpen la escucha filosófica.¹

Es desde estos nombres, y de lo que cada uno de ellos porta, que *Heterocriptas* propone una lectura de *Sobre árboles y madres* de Patricio Marchant, pero a su vez, y quizás

de modo latente, una lectura de la postdictadura en Chile. Una lectura de *Sobre árboles y madres* que se organiza en torno al secreto y la vergüenza; una lectura de la postdictadura que insiste en la imposibilidad del duelo. Duelo imposible, lo llama Valderrama, de una historia de muerte, violencia y sacrificio, de dolor y pérdida. Ya sea que las referencias sean públicas o privadas, ya sea que ellas se refieran a la historia de las disciplinas o a la historia política chilena, siempre se trata de referencias y asociaciones que no pueden sino registrar el shock que el 11 de septiembre de 1973 produjo en el inconsciente político de la sociedad”.²

Escritura ésta del secreto, la vergüenza y la imposibilidad del duelo que hallará en la voz “heterocripta” su mejor definición. Como sabemos gracias a los psicoanalistas húngaros, Maria Torok y Nicolas Abraham, la heterocripta es la vuelta al Yo de un secreto

reprimido en el Otro. Enfatizando la lógica de la filiación y del orden de la transmisión que toda heterocripta evoca, Marchant la describirá, a su vez, como “esa alteridad más radical que la heterogeneidad, que la alteridad, del inconsciente, la noción de cripta, de una cripta en el Yo, y la noción de fantasma, fantasma que aparece desde la cripta del otro, hetero-cripta, fantasma que vuelve según la ley de la otra generación”.³ Siguiendo esta lectura de *Sobre árboles y madres* cabe preguntarse, ¿cuál es el fantasma que asedia, que se aparece, y que con insistencia vuelve a testimoniar la existencia de un muerto enterrado en el otro? Para Valderrama, ésta no sería sino la imposibilidad de la institución filosófica en Chile. Cuando se impone la indistinción entre vida y muerte, cuando la vida se afirma en su negación; cuando vida y muerte se entrelazan en el sincretismo de “sobrevivir” no sería posible afirmar un proyecto filosófico. “Sobrevivimos, dice Marchant, cuando nuestro único deber consistía, precisamente, en sobrevivir”.⁴ No está demás recordar, aunque sea rápidamente, que la fábula de la filosofía no encierra otro secreto, transmitido de maestro a discípulo, que aquél de “aprender a morir”. En este punto Valderrama sostendrá que lo que guía su

lectura no es otro motivo que la “pregunta por el límite, por el ser del límite de un pensamiento (...) se trata de interrogar a la filosofía en aquel preciso momento en que la determinación de la vida, la determinación de la muerte, no puede ser ya sostenida por ningún pensamiento del límite”.⁵

Desde esta clave de lectura habría que leer aquella afamada sentencia de Patricio Marchant: “un día, de golpe, tantos de nosotros perdimos la palabra, perdimos totalmente la palabra. Otros en cambio —fuerza o debilidad— (se) perdieron esa pérdida: pudieron seguir hablando, escribiendo, y si cambio de contenido, sin embargo, ningún cambio de *ritmo* en su hablar, en su escritura”.⁶ Interrupción y salida de la filosofía, entonces. No extraña por ello, que tras un largo silencio luego del golpe de Estado de 1973, Patricio Marchant no intente encontrar esa palabra perdida en el discurso de la filosofía sino en la escritura de la literatura y las artes visuales.⁷

Esta interrupción de la filiación, esta interrupción del discurso filosófico, señalaría, y en esto seguimos a Valderrama, una oscilación en la escritura de Marchant “entre la hermana y el hijo, entre Antígona y Hamlet, entre literatura y filosofía. En secreto, sin embargo, Marchant parece advertir que el

saber del no saber de su escritura se organiza en torno a los problemas de la filiación y la transmisión, del suicidio y el sacrificio, de la vida y la muerte (...) La historia psíquica que Marchant elabora de las relaciones del 'sí mismo' y del 'otro' termina así por revelarse como una historia de vergüenza y de lágrimas que no pueden ser reconocidas, y que por esta misma razón señalan el lugar de una cripta en el centro de la institución filosófica".⁸

Vergüenza, secreto y cripta, parecen ser las palabras con las que se describe la escritura de *Sobre árboles y madres*. Y Francesca y Antígona los nombres con los que se interrumpe la transmisión filosófica en la escritura de Marchant.

Esto no deja de ser extraño, sabemos de antiguo que la filosofía no quiere saber nada de mujeres. Ahí está *El Fedón* para recordárnoslo. Pensemos en aquella escena inaugural del discurso filosófico en que las "mujeres" son apartadas de lo que les era más propio: ser guardianas del cuerpo masculino. Este fuera de escena, lo obsceno de las mujeres, es relatado del siguiente modo por la historiadora helenista Nicole Loraux: "el filósofo (Sócrates) ha anticipado el morir en el estar muerto: no le interesa un pasaje administrado por la sociedad e, inmediata-

mente liberado de su cuerpo, su alma no necesitará ninguna autorización para ganar sin más demoras su estadía en el Hades (...) Más vale haberme lavado a mí mismo, exclama Sócrates, antes de tomar el veneno y no dar a las mujeres el trabajo de lavar un cadáver".⁹ Loable atención, dice Loraux, pero desconcertante de parte de aquél a quien Aristófanes acusaba de no tomar nunca un baño. Asimismo, Critón sustituirá a las mujeres cuando, inmediatamente después de muerto, Sócrates se apresura a cerrarle la boca y los ojos: el grupo de los discípulos reemplazará el parentesco, los compañeros de pensamiento han tomado el lugar de las mujeres. No debe ser olvidado que este diálogo platónico comienza cuando Jantipa, la esposa de Sócrates, es violentamente sacada de escena. Con esta acción se le impide a la mujer llevar a cabo su duelo que, según la usanza fúnebre de la época, consistía en reproducir sobre su cuerpo la pérdida de vida que implicaba para ella la desaparición de un ser querido.¹⁰ En este rito, será relevada por Fedón quien "intenta llevar el duelo de Sócrates cortándose la cabellera".¹¹

La filosofía no se dice con nombre de mujer, es cierto. Este fuera de escena de las mujeres del discurso filosófico será narrado por Jacques Lacan en la curiosa voz doble

Oh pire, voz del suspirar/empeorar.¹² El discurso de la filosofía, el pensamiento de lo Uno se correlacionaría principalmente con el dominio universal del pensamiento masculino, del cual la mujer sólo puede ser la interrupción.¹³ Fractura del ejercicio de la transmisión y la filiación en la medida que para Lacan la mujer no podría suspirar/empeorar por el pensamiento de lo Uno puesto que el orden que la constituye es siempre un orden de la alteridad. En este sentido, el pensamiento de lo Uno, la filosofía, es por lo que maestros y discípulos suspiran y por lo que, claro, empeoran. A la manera de una enfermedad, Lacan cree preciso “curarse” del deseo por el pensamiento de lo Uno, es necesario, en pocas palabras, “dejar de suspirar por el pensamiento”. Esta interrupción del *suspiro de lo peor* abre la posibilidad de pensar la filosofía en sus límites, en la disolución de todo límite, en lo que ha sido llamado anti-filosofía, esto es, pensar la inscripción de un no saber en el saber de la escritura.¹⁴

454

No pareciera del todo equivocado signar la lectura que Miguel Valderrama hace de *Sobre árboles y madres* bajo el amparo de la anti-filosofía. Al igual que el proyecto antifilosófico elaborado, primero por Lacan y más tarde por Badiou, Marchant pareciera

esbozar en *Sobre árboles y madres* cierto discurso anti-filosófico que, auxiliado por la poesía de Gabriela Mistral, se dirá en enunciados tales como “nombres nunca tuvimos / pues los nombres son del único”¹⁵, enunciado que opone su singularidad a la categoría filosófica de la verdad.

Al igual que Lacan —quien se detendrá, y cuestionará, la normalidad y continuidad del significante mujer en la afirmación “la mujer no existe”— Marchant afirmará que *el inconsciente se estructura a la manera de la madre*. Extraña afirmación, sin duda. Extraña, al menos por una razón: generalmente el campo psicoanalítico otorga primacía al padre y no a la madre, pensemos, por ejemplo, en el Complejo de Edipo (que siempre es efecto del padre). Contrario a esto, y avanzando por caminos poco ortodoxos para el estudio del inconsciente, Marchant anota: “el desierto de la vida adulta al remitir a la escena infantil profunda (...) muestra que la presencia —o insistencia— de la madre, porque anterior, es siempre más fundamental que la ley del padre”.¹⁶ Bajo la luz que aporta este pasaje no sólo podemos deducir la importancia de la madre para la estructuración del inconsciente sino que, por sobre todo, su anterioridad. Dicho en otras palabras, antes de la triangulación edípica estaría la madre.¹⁷ Consciente de que

esta herejía atenta contra uno de los dogmas más importantes del psicoanálisis freudiano, Marchant se pondrá bajo el amparo de la interpretación que Jacques Derrida realizara de *El instinto filial* de Hermann. Cadena de filiaciones en torno al deseo, necesidad de aferrarse. De esta afectación hermaniana, Derrida dirá que constituye “una deducción articulada, diferencial, concreta, de todos los conceptos psicoanalíticos (al mismo tiempo reelaborados) a partir de una teoría del agarrarse a, del instinto de agarrarse a y de un archi-acontecimiento traumático de des-agarrarse. Que construye la tópica humana, una tópica que no conoce inicialmente ninguna ‘triangulación’ (es decir, no conoce el Edipo)”.¹⁸

De ahí que la madre no sea más que efecto-de-madre, lugar del desplazamiento y figuración del acto primordial, quizás olvidado, del “aferrarse a”, de “mantenerse firme en”, de resistir/insistir: otros nombres de la interrupción que bien representan los nombres de Francesca y Antígona: “nombres del secreto sin secreto, escritura de todas esas criptas sin profundidad”.¹⁹

Notas

- ¹ Entrevista a Miguel Valderrama (inédita).
- ² Miguel Valderrama, *Heterocriptas*, p. 10.
- ³ Patricio Marchant, *Sobre árboles y madres*, Santiago, Ediciones Gato Murr, 1984, p. 212.
- ⁴ *Ibid.*, p. 309.
- ⁵ Entrevista a Miguel Valderrama (inédita).
- ⁶ Patricio Marchant, *Sobre árboles y madres*, *Ibid.*, p. 308.
- ⁷ Patricio Marchant, “Discurso contra los ingleses”, Patricio Marchant, *Escritura y temblor*, edición de Pablo Oyarzún y Willy Thayer, Santiago, Cuarto Propio, 2000, pp. 27-31.
- ⁸ Miguel Valderrama, *Heterocriptas*, p. 88.
- ⁹ Nicole Loraux, “Por lo tanto, Sócrates es inmortal”, *Las experiencias de Tiresias*, Buenos Aires, Biblos, 2003, p. 179.
- ¹⁰ *Ibid.*, p. 178.
- ¹¹ *Ibid.*, p. 178.
- ¹² Jacques Lacan, ... *Oh pire*, *Seminaire 19*.
- ¹³ Véase, de Jacques Lacan, los Seminarios *Oh pire y Encore*.
- ¹⁴ Alain Badiou, “Lacan y la filosofía”, *Reflexiones sobre nuestro tiempo*, Buenos Aires, Ediciones del Cifrado, p. 48.
- ¹⁵ Patricio Marchant, *Sobre árboles y madres*, *op. cit.*, p. 216.
- ¹⁶ *Ibid.*, p. 11.
- ¹⁷ Ésta tesis ha sido más tarde explorada por Judith Butler en *The Psychic Life of Power*, Stanford, Stanford University Press, 1997.
- ¹⁸ Jacques Derrida, “Entre crochets, Entretiens avec Jacques Derrida”, *Diagraphe*, N° 8, Flammarion, abril de 1976, p. 98. Citado en Patricio Marchant, “El árbol como madre arcaica en la poesía de Gabriela Mistral”, Patricio Marchant, *Escritura y Temblor*, *op. cit.*, p. 6.
- ¹⁹ Miguel Valderrama, *Heterocriptas*, p. 16.

